

# Tres grandes perspectivas sobre Cristo a través del tiempo

---

*EDUARDO MALVIDO \**

A la hora de presentar un muestrario de Cristologías, me ha parecido un *criterio* sencillo y clarificador el atender a su *correspondiente perspectiva o enfoque sobre la figura de Jesucristo*: las perspectivas no son muchas y caracterizan considerablemente a las múltiples opciones cristológicas que surjan o puedan surgir de ellas.

## **PRIMERA PERSPECTIVA: DE LA HISTORIA A LA METAFÍSICA**

Vaya por delante la afirmación de que la revelación cristiana está constituida de palabras y de hechos pero prioritariamente de hechos. La primera acción de Dios es la creación, entiéndase como se entienda dicha creación. En ella se basan todas las religiones de la tierra y en ella encuentra la religiosidad natural de cada hombre su razón de ser.

Cuando algún tiempo después de la muerte de Jesús de Nazaret en una cruz (los *Hechos de los Apóstoles* señalan que fue exactamente cincuenta días después, «llegado el día de Pentecostés»), Pedro presentó en público la nueva religión, la religión cristiana, mencionaba, además de la vida y de la

---

\*Profesor titular de Cristología en el Instituto Superior de CC.RR. y catequéticas "San Pío X", Madrid.

muerte trágica de Jesús, otra acción llevada a cabo por la mano omnipotente de Dios: la resurrección de entre los muertos del tal Jesús de Nazaret, quien había sido resucitado antes de haber experimentado al morir, como David y como todo ser humano que muere, la corrupción del cuerpo muerto.

*La proclamación del acontecimiento de la resurrección de Jesús es el contenido específico de la religión cristiana en su nacimiento como religión.* Ésta es la conclusión a la que se llega diáfananamente si se analizan las tres clases de materiales del N. T. donde se halla registrada la primera predicación de los cristianos: 1. textos que transcriben en directo los discursos primeros de los Apóstoles; 2. textos que desde el presente evocan contenidos de la predicación hecha en los comienzos de la evangelización; y 3. textos que recogen en síntesis el núcleo de la fe cristiana primitiva, núcleo en el cual la confesión de fe en la muerte y en la resurrección de Jesús constituye el elemento siempre presente.<sup>1</sup>

Salta a la vista la *especial naturaleza del acontecimiento de la resurrección de Jesús de entre los muertos*. El *primer rasgo* que distingue a la acción resucitadora de Dios y le pone por encima de su acción creadora es el nuevo Hombre que resulta de la intervención resucitadora divina: un Hombre inmortal (que no puede cesar de ser), un Hombre «escatológico» (que, por su máxima perfección, tampoco puede ser cesado por ninguna otra forma superior de ser hombre)...

«Para producir unos efectos como la resurrección de Jesús, Dios actúa de un modo que es cualitativamente distinto de su modo ordinario de obrar en la creación y conservación del mundo. Estos resultados diferentes están causados por una intervención divina especial.»<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Cfr. E. Malvido, *El hombre que vino del más allá*, Ed. San Pío X, 1985, p. 58-63: *La resurrección de Jesús como contenido de la primera predicación*.

<sup>2</sup> O'Collins, *Jesús resucitado*, Ed. Herder, 1988, p. 278.

*Otros rasgos* que muestran la superioridad metafísica de la actividad resucitadora de Dios sobre la actividad creadora divina son: el modo históricamente inobservable como Dios resucitó a Jesús de entre los muertos; el carácter históricamente imprevisible, selectivo, privado... que las apariciones de Jesús resucitado tuvieron para con los testigos; la repercusión honda y definitiva en la mente y vida del testigo agraciado con alguna aparición (caso de Pedro, de Pablo...);...

Indudablemente, los primeros cristianos, a raíz de su experiencia de encuentro con el Resucitado, habían estrenado una perspectiva o dimensión diferente y superior a la histórica: era la perspectiva escatológica. Por medio de Jesús resucitado, habían experimentado una nueva forma de ser hombre, a la que ellos también estaban destinados.

Y fue desde la perspectiva escatológica desde donde comenzaron a entender y a valorar la figura de Jesús y toda su realidad histórica. Pero *¿cómo podían expresar ellos lo que Jesús era y significaba dentro de la revelación y salvación de Dios?* No tuvieron más remedio que echar mano del instrumento cultural del A. T., que ellos, y el mismo Jesús, poseían como lenguaje propio y casi único.

Ahora bien, *¿con qué perspectiva hay que identificar la comprensión y la expresión del pueblo israelita, y, por tanto, de los primeros cristianos provenientes del judaísmo, respecto del plan salvífico de Dios? Rotundamente, con la perspectiva histórica.*

«Podemos decir con toda justicia que los hebreos fueron los primeros en descubrir la significación de la historia como epifanía de Dios.»<sup>3</sup>

En la religión israelita, todo (las intervenciones de Dios; su justicia retributiva; el reino prometido; las figuras mediadoras de la salvación de Yahveh, particularmente la figura del Mesías...), todo hay que entenderlo dentro de

---

<sup>3</sup> Mircea Eliade, *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, Ed. Cristiandad, t. I, p. 372.

las categorías espacio-temporales típicas de la historia. Según la religión judía, en el ámbito de la historia y en su imprevisible despliegue, Dios interviene desde fuera en respuesta al comportamiento de los hombres, y, más en concreto, en atención a la fidelidad o infidelidad de los hombres del pueblo elegido. Según la religión de Israel, sería una blasfemia sugerir siquiera que Dios pudiera vivir personalmente, desde Él mismo, la historia de los hombres, o dar a entender levemente que los hombres mortales como nosotros estamos llamados a participar de la misma vida de Dios...

Cuando los primeros cristianos confesaron a Jesús «Mesías» de Dios, no lo hicieron movidos por las señales espectaculares anunciadas por los profetas para los tiempos mesiánicos, sino por los signos históricamente misteriosos y trascendentes de la resurrección de Jesús. Aunque los textos del N. T. denominen «Mesías» al Jesús pascual y al Jesús prepascual, *no debemos entender en un sentido histórico dicho título*, ni los otros títulos ligados y subordinados al del «Mesías» (como los de «salvador», «profeta», «legislador», «sacerdote», «juez», «señor», «hijo de Dios»...), *sino con un alcance significativo que va más allá de lo naturalmente humano*. El acontecimiento de la resurrección de Jesús crucificado ¿no había probado que el verdadero Mesías había roto y desbordado la imagen triunfadora histórica que los judíos tenían acerca del Mesías? ¿No podría decirse asimismo de Jesús resucitado, el cual había resucitado únicamente él y antes de que la muerte se apoderara definitivamente de su vida, que su relación con Dios superaba infinitamente la relación histórica que el Mesías de la tradición judía mantenía con Yahveh?

De hecho, a raíz de la resurrección de Jesús de entre los muertos, los primeros creyentes cristianos le hacen decir a Jesús («Yo soy», «Yo soy la resurrección y la vida», «tus pecados te son perdonados»...) y le hacen hacer (siete milagros de naturaleza y tres milagros de revivificación de muertos) «cosas» que sólo el Dios de Israel puede decir las y realizarlas. Basándose en estas y en otras confesiones narrativas de fe en la divinidad de Jesús, la

primitiva generación de los apóstoles terminó por llamar declarativamente «Dios» a Jesús.<sup>4</sup>

Lo cierto es que, *dentro de la perspectiva histórica en la que discurre todo el A. T., los títulos más prestigiosos, como el de «Mesías», «hijo de Dios»..., quedaban presos en su significación terrenal y reducidos a una funcionalidad meramente histórica.* El «Mesías» era el Ungido por Dios de modo especial en función de la futura misión liberadora que iba a llevar a cabo de cara al pueblo israelita. El «Mesías», por su excepcional papel dentro de la historia, era el «hijo de Dios» por antonomasia. Se adivina fácilmente que, por el camino de la perspectiva histórica del A. T., era casi imposible relacionar a Jesús el «Mesías», el hijo de Dios por excelencia, con Dios en términos metafísicos, en términos de significación esencial y definitiva, más allá de las circunstancias coyunturales que la historia comporta. *A la luz de la economía histórico-salvífica del A. T., la filiación divina del Mesías quedaba clasificada, con toda lógica, como una filiación adoptiva.*

*Corresponde a la cultura helenística de los cristianos postapostólicos el mérito de haber expresado la realidad divina de Jesucristo con lenguaje filosófico, esto es, de modo general pero real, de modo distante pero inequívoco.*

Fue *el concilio de Nicea* (año 325) el que expresó con términos metafísicos que Jesucristo es el Hijo engendrado en la eternidad por el Padre, que es tan Dios eterno como el Padre, puesto que es de la misma «homoousia» o misma «esencia» del Padre. El concepto ontológico de «esencia» o de «sustancia»<sup>5</sup> quiere poner de relieve que entre el Hijo, Jesucristo, y el Padre no se

---

<sup>4</sup> Sobre el asunto de la confesión de fe de los cristianos en la divinidad de Jesús, véase el folleto mío que lleva por título: *¿Cómo explicarías que Jesús es Dios?*, Ed. San Pío X, 1997, 108 p.

<sup>5</sup> La versión castellana del Credo de Nicea-Constantinopla habla equívocamente de «la misma naturaleza del Padre», Los seres humanos tenemos también la misma naturaleza y, sin embargo, a diferencia de las divinas Personas, nosotros somos subsistentes individualizados, «sustancias» separadas...

da simplemente una unión accidental, basada en la voluntad y en el actuar comunes, sino una unión profundísima y permanente, ya que la comunión de voluntades y actividades de Ambos deriva, nada más y nada menos, que de su unidad de esencia...

*El Concilio de Calcedonia* (año 451), por su parte, se preocupó mucho de distinguir en Jesucristo sus dos naturalezas o esencialidades (divina y humana) y la única Persona o Hipóstasis del Hijo unigénito o Verbo. Con la nueva terminología metafísica, los Padres pretendían mostrar la estrechísima unión existente entre las dos naturalezas de Jesucristo («sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación») gracias a que ambas naturalezas subsisten en una sola y misma Persona, la del Hijo unigénito o Verbo. Esta única subsistencia personal o hipostática en modo alguno anula la mismidad o identidad humana de Jesucristo. La intención de Calcedonia con el dogma cristológico de las dos naturalezas y una sola y misma Persona se limita a dejar bien en claro que la unión de las dos naturalezas en Jesucristo rebasa toda imaginación humana, la cual no es capaz de pensar una naturaleza humana sin su correspondiente persona humana...

Podíamos ir recorriendo otros concilios ecuménicos e ir poniendo de manifiesto cómo los Padres, con su recurso al lenguaje filosófico, sólo querían resaltar aspectos maravillosos que únicamente se observan en el misterio de Jesucristo, que es el misterio más sobrenatural de todos. Pero no lo vamos a hacer. Voy a indicar tan sólo algunos logros y algunas insuficiencias de la Cristología que los Padres vertieron en los primeros concilios universales desde la perspectiva metafísica.

### **Puntos positivos:**

#### **1. Continuidad con el N. T.: fe en la divinidad de Jesús**

Sabido es cómo A. Harnack sostiene la helenización del Evangelio, uno de

cuyos frutos fue la divinización mitológica del genial predicador de Galilea, Jesús de Nazaret.

También Unamuno pensaba que en el N. T. no se encuentra una confesión clara de fe en la divinidad de Jesús. Según don Miguel, fueron los cristianos de cultura helenística del siglo IV (concilio de Nicea) los que llevados por sus ansias de eternidad hicieron de Cristo un Dios, para que Cristo, convertido en Dios inmortal, pudiera asegurar la inmortalidad a sus fieles mortales.<sup>6</sup>

*Los Padres de la Iglesia, en cambio, tenían viva conciencia de continuar, con lenguaje más hondo y preciso, el testimonio de fe del N. T. en la divinidad de Jesús.* Estaban convencidos de expresar con una nueva formulación, más filosófica, la fe de siempre sobre Jesucristo. Con palabras de san Atanasio, el más afamado defensor de la doctrina de Nicea:

«Los obispos... fueron compelidos a recoger el sentido de las Escrituras... Si las expresiones no están con tantas palabras en las Escrituras, sin embargo, contienen el sentido de las Escrituras».<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> El fragmento pertenece a una carta escrita por Miguel de Unamuno hacia 1893 a Pedro Múgica:

«¿Sabe usted en qué me fundo para decir que hoy los que se tienen por cristianos no tienen fe? En que si no hubieran recibido por tradición el dogma de la divinidad de Jesús leyendo el *Evangelio* no se les ocurriría decir: ¡Este es Dios! No, no hay fe. Fe la de aquellos primeros cristianos que en labor de siglos hicieron de Cristo un Dios saltando sobre la antinomia de la razón, luchando contra la fría lógica. Aquello era fe, aquello; divino aliento que engendra el dogma».

<sup>7</sup> Cartas referentes a los decretos del concilio de Nicea, capítulo 5, n. 20 y 21. J. Doré insiste asimismo en la fidelidad del concilio de Nicea a la Escritura como testimonio primero y normativo de la divinidad de Jesús. Y señala estas dos muestras de esa fidelidad a la sagrada Escritura (*Iniciación a la práctica de la teología*, Ed. Cristiandad, 1984, tomo II Dogmática 1, p. 206):

«Esta voluntad de no separarse de la fe tradicional se manifiesta claramente en el concilio, por ejemplo, en la insistencia que se pone en el «por nosotros los hombres y por nuestra salvación» y en el hecho de que el Símbolo no emplea el término «Verbo/Logos»; se prefiere el título de «Hijo», que resulta más escriturístico y menos abstracto o filosofizante».

## 2. Argumentación filosófica al servicio de la fe

Los Padres son asimismo conscientes de que la revelación y la salvación de Dios que han aparecido en Jesucristo son dones gratuitos que sobrepasan nuestra capacidad natural. En cambio, las especulaciones de los filósofos, elaboradas sutilmente por mentes privilegiadas, no pasan nunca de ser productos humanos, por muy admirables que sean.

*Los Padres de la Iglesia no alteran ni reducen en ningún momento los contenidos del Credo cristiano: el mundo como creación de Dios; la encarnación del Hijo eterno, su historia, su pasión, su muerte, su resurrección y ascensión al cielo; la presencia y acción del Espíritu santo de los últimos tiempos en la Iglesia, en la vida presente y en la esperanza escatológica de los cristianos...*

Los Padres de Nicea, Constantinopla, Éfeso, Calcedonia... no tienen reparo alguno en utilizar e incluso en contradecir los conceptos especulativos de la filosofía («Absoluto», «Infinito», «Inmutable», «Divinidad», «Humanidad»...) sabedores de que los acontecimientos de la historia de la salvación tienen superioridad real y cognoscitiva sobre los principios y conceptos de la filosofía. Dicho de otra manera: *Para los Padres, la economía de la salvación y sus contenidos son siempre de rango cognoscitivo superior y, en caso de conflicto, tienen indiscutible prioridad* respecto de las coordenadas y del material conceptual empleado por la razón humana en función filosófica.

«Siempre la razón y la Teodicea parecieron estar del lado de la herejía; y contra esa razón y esa Teodicea trató de luchar cada uno de los cuatro primeros concilios en nombre de la salvación en que creía. Arrio arguye (y parece que correctamente) que un absoluto sufriente no puede ser el Absoluto. Y la fe de Nicea le responderá que el Jesús sufriente es el Absoluto... Apolinar afirma (y parece que con toda razón) que el perfecto Dios no puede hacer uno con un hombre acabado. Y la Iglesia le responde que aquello de nosotros que no ha sido asumido no ha sido sanado. Nestorio comprende (y parece que con razón) que no se pueden predicar contrarios de un mismo

sujeto. Y Cirilo le responderá que si hemos de dividir los sujetos según las predicaciones, no podemos creer que nuestra realidad no es ajena a Dios. Finalmente, el monofisismo insistirá (y también de acuerdo con lo que «el hombre religioso espera de Dios») en que la divinidad y la infinitud deben absorber a lo finito. Y Calcedonia responde que si divinidad y humanidad no son distintamente ‘dos’, nuestro ser perece en lugar de verse salvado».<sup>8</sup>

## Puntos negativos:

### 1. Olvido del Jesús de la historia

La Cristología dogmática de los primeros concilios insiste lógicamente en la realidad divina del Yo y del obrar de Jesucristo, para diferenciar al Mesías verdadero, Jesucristo, del Mesías esperado por los israelitas, dentro siempre del horizonte de la historia. *Los primeros concilios, en su manera abstracta de pensar y de expresarse, dejaron fuera al Jesús de la historia concreta, olvidando que el «Verbo se hizo carne», que el Hijo unigénito del Padre se hizo hombre individual e histórico en Jesús de Nazaret.*

En este descuido de la humanización temporal del Hijo eterno, *pudo contribuir también la escasa atención y casi nulo valor* que una cultura como la helenística concede a la dimensión histórica del vivir humano («nihil novum sub sole»).

Este olvido de que somos historia, de que nos realizamos históricamente, aparta seriamente al hombre actual, tan metido en las vicisitudes históricas y tan condicionado por ellas, del modelo de «hombre perfecto» intemporal e impasible de la Cristología de Calcedonia.

---

<sup>8</sup> J. I. González Faus, *La humanidad nueva*, vol. II, p. 478.

## 2. Olvido de la perspectiva escatológica de Jesús resucitado

Se sabe que el concilio de Calcedonia no hizo su profesión de fe en Jesucristo sobre el esquema de algún Credo o Símbolo, lo que sí habían hecho los concilios de Nicea y de Constantinopla. El texto confesional del concilio de Calcedonia pudo expresarse así más desligadamente de la tradición, que en los Credos reconoce en Jesucristo la forma preexistente de ser como Hijo puramente del Padre («Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre») y dos formas sucesivas de humanización del Hijo eterno: la forma histórica («fue concebido, nació, padeció, fue crucificado») y la forma escatológica («resucitó, subió a los cielos, está sentado a la derecha del Padre, desde allí ha de venir»...).

Ésta es la fórmula confesional de fe cristológica del concilio de Calcedonia:

«Siguiendo, pues, a los Santos Padres, enseñamos unánimemente que hay que confesar a un solo y mismo Hijo y Señor nuestro Jesucristo: perfecto en la divinidad, y perfecto en la humanidad; verdaderamente Dios y verdaderamente hombre compuesto de alma racional y cuerpo; consubstancial con el Padre según la divinidad, y consubstancial con nosotros según la humanidad, «en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado» (Hb 4, 15); nacido del Padre antes de todos los siglos según la divinidad; y por nosotros y por nuestra salvación, nacido en los últimos tiempos de la Virgen María, la Madre de Dios, según la humanidad.

Se ha de reconocer a un solo y mismo Cristo Señor, Hijo único en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación. La diferencia de naturalezas de ningún modo queda suprimida por su unión, sino que quedan a salvo las propiedades de cada una de las naturalezas y confluyen en un solo sujeto y en una sola persona (DS 301-302).»

Es fácil observar que en la fórmula calcedonense sólo se habla de la primera forma de ser de Jesucristo (como Hijo unigénito del Padre) y de la forma humanada histórica del Hijo eterno. *No se hace mención alguna*

*de la actual y definitiva forma de ser hombre glorioso y escatológico del Hijo unigénito.*<sup>9</sup>

Pienso que estamos ante el más lamentable de los olvidos que se pueden cometer en Cristología, el olvido de la perspectiva escatológica de Jesús resucitado, que es precisamente la perspectiva que todos los escritores del N. T. emplearon para hablar de Jesucristo, Dios verdadero y hombre verdadero.

## **SEGUNDA PERSPECTIVA: DE LA METAFÍSICA A LA HISTORIA**

En la reflexión metafísica clásica, «Dios» constituye la Realidad central y referencial. La ciencia metafísica de los orígenes y de la mayor parte de su desarrollo histórico es descaradamente «teo-céntrica».

A partir del *Renacimiento*, la cultura va centrándose en el hombre. En la *Ilustración*, la razón del hombre se erige en el tribunal supremo donde se critica todo (ciencia, arte, política, filosofía...) desde el punto de vista de la verdad, una verdad medida por la mente humana. En filosofía (Fichte, Kant, Hegel...), predomina el idealismo, con lo que se acentúa aún más el antropocentrismo general de la cultura moderna.

*Los avances de la ciencia y de la tecnología actuales* han terminado por dar al hombre la sensación de ser el dueño real del mundo (de la naturaleza y de la propia historia de los hombres). Desde el punto de vista cultural, ya no se habla de Dios, solamente del hombre. Se trata de una cultura «secular» o

---

<sup>9</sup> Los Catecismos han olvidado también hablar de la forma de Hombre glorioso que es Jesús resucitado. ¿Cómo se puede omitir la forma de ser hombre que el Hijo de Dios adquirió para siempre el día de su resurrección de entre los muertos? En la siguiente descripción de Jesucristo, el Catecismo de G. Astete, el Astete, no hace tampoco ninguna referencia a la actual y definitiva humanización escatológica de Jesucristo:

«P/ ¿Quién es Jesucristo?

R/ Jesucristo es el Hijo de Dios vivo que se hizo hombre para redimirnos y darnos ejemplo de vida.»

«secularizada», donde únicamente cuenta y se hace mención del «mundo». El término «antropocentrismo» ya no evoca como antes, por contraste, el término «teocentrismo», sino que *ahora significa tan sólo que el hombre es el centro de un mundo cerrado en sí mismo.*

Todo esto explica sobradamente que *el ser humano haya reconocido su condición de ser histórico y que haya cogido las riendas de la historia,* dispuesto a conducirla de modo independiente respecto de cualquier otra realidad ajena a la humana (dioses...) y de modo autónomo y prepotente, creyéndose capaz de llevar él solito a la humanidad a un futuro mejor.

Los cristianos, como hijos que son de su época, no sólo no han podido escapar de la actual visión y valoración históricas de la vida, sino que muchos de ellos han actuado, con buena intención y sin grandes éxitos, como promotores y protagonistas de una historia dignamente humana, basada en la justicia y en la fraternidad de los moradores de esta tierra.

Dentro de esta emergencia general de la dimensión histórica de la realidad, los cristianos pusieron sus ojos en el mismo Fundador de la religión cristiana. *¿Quién fue en la realidad histórica el Jesús de los evangelios,* del que se narran simultáneamente sucesos maravillosos (concepción en el seno de una Virgen, sabiduría inexplicable del hijo de un carpintero, multiplicación de alimentos, revivificación de muertos...) y escenas estremecedoras (nacimiento en un establo, rechazo de parte de las autoridades religiosas de Israel, muerte por crucifixión...)?

Sobre la base de datos de los Evangelios, los cristianos habían escrito numerosas biografías sobre Jesús. Todas esas biografías ¿coincidían al menos en los trazos mayores de la figura histórica de Jesús y en los hechos principales de su vida? *Albert Schweitzer dejó probado en 1906 que en el conjunto de las Vidas de Jesús no aparecía dibujada esa biografía elemental sobre Jesús, y que, además, no podría conseguirse nunca a partir de los Evangelios, puesto que éstos habían interpretado a Jesús de Nazaret desde la fe postpascual.*

Pero la búsqueda de los cristianos tras las huellas del Jesús de la historia no se detuvo ante el diagnóstico pesimista de A. Schweitzer. Los cristianos sabemos con toda seguridad *que nuestro Fundador vivió en un determinado tiempo de la historia y que tuvo un final trágico* (muerte por crucifixión), *y que ese dato brutal no admite duda histórica alguna*. Por otro lado, si Jesús murió como murió, *tiene que haber en los Evangelios pistas de las causas reales que llevaron a Jesús a morir en una cruz*.

La aplicación a los Evangelios del método histórico-crítico, primero por parte de los investigadores protestantes y después por parte de los católicos, ha dejado al descubierto el verosímil proceso histórico que terminó con Jesús en la cruz: la predicación original de Jesús sobre *el Reino de Dios proporciona la trama histórica que enmarca y pinta con rasgos distintivos la figura de Jesús en ella*.

Los cristianos de nuestros días, que habíamos renunciado críticamente a conseguir una biografía satisfactoria sobre Jesús, tenemos la enorme suerte de haber recuperado de la densidad de los Evangelios, mediante la aplicación de determinados criterios de historicidad, el papel histórico desempeñado por Jesús de Nazaret en relación con el Reino de Dios. Con palabras de J. I. González Faus:

«El balance de toda esa investigación crítica es que, de Jesús, no podemos escribir biografías, pero sí podemos hacer semblanzas, suficientemente garantizadas desde el punto de vista crítico.»<sup>10</sup>

No voy a extenderme en señalar los resultados históricos que los incontables estudios histórico-críticos han logrado sobre el contexto religioso, histórico, social y cultural en que se movió Jesús de Nazaret y las aportaciones novedosas de Jesús dentro de ese contexto. Como en el caso anterior de la perspectiva metafísica, voy a reseñar ahora algunos puntos positivos y

---

<sup>10</sup> *La cristología después del Vaticano II*, en la revista *Razón y Fe*, tomo 229 (1994), p. 503.

algunos otros negativos de la presente perspectiva histórica en relación con la reflexión cristológica.

## **Aportaciones enriquecedoras desde la perspectiva histórica a la Cristología:**

### **1. Recuperación del Jesús de la historia**

La Cristología metafísica tenía secuestrada la figura terrenal y concreta de Jesús de Nazaret en el firmamento de las grandes declaraciones. En los manuales de Cristología se hablaba ciertamente de la «encarnación» del Hijo eterno, pero en términos abstractos, genéricos de la naturaleza humana.

Por esto, *es de agradecer que los estudios histórico-críticos de los Evangelios nos hayan devuelto al Jesús de la historia: un Jesús ubicado en una época concreta, en un pueblo determinado, en una región peculiar (Galilea), con las características religiosas, históricas, biológicas, sociales... de sus paisanos.*

*Esta recuperación no sólo afecta a la dimensión histórica de Jesús de Nazaret, sino que, además, tiene una repercusión teológica, puesto que la historia de Jesús es la historia de Dios. El modo de comportarse de Jesús con las diversas personas y en las distintas situaciones de su vida trasciende los rasgos particulares humanos y se convierte en mediación reveladora de la manera de ser y de actuar del mismo Dios en esta historia. La trascendencia del Dios cristiano tiene lugar privilegiado de presencia y de realización en la historia concreta de Jesucristo.*

### **2. Actualización de Jesús-hombre para el hombre de hoy**

Son muchos los teólogos que llevan a cabo su estudio de la Cristología preocupados sobre todo por hacer accesible y atractiva la figura de Jesús a

los hombres contemporáneos. Sus investigaciones históricas sobre Jesucristo tienen como finalidad última presentar a Jesús como modelo antropológico para el hombre actual.

El resultado al que llegan después de desbrozar en los Evangelios lo que parece que corresponde a la vida real de Jesús de Nazaret de aquello que parece ser más bien interpretación embellecedora de parte de los primeros seguidores, es que *la grandeza de Jesús está en su manera sorprendente e inigualable de amar a Dios y a los hombres*. Dicha grandeza no tiene repercusión en los otros órdenes de la vida (saber, economía, política...).

«No fue hombre de ciencia, ni sistematizador filosófico, ni inventor, ni político; el acontecer del mundo de su tiempo no fue sacado por él de sus caminos trillados; no vivió en Roma o Alejandría, sino en las pequeñas ciudades de Galilea, y en Jerusalén fue rotundo y definitivo su fracaso. Jesús no fue más allá de las convicciones culturales, científicas y técnicas de su pueblo.»<sup>11</sup>

El modo de amar de Jesús hace de él la manera más auténtica de ser hombre, al paso que, con esta manera de ser y de actuar, Jesús revela al Dios más auténtico, al Dios-Amor. Así es como algunos entienden la confesión de fe de los primeros discípulos en Jesucristo como el Hijo, el Hijo unigénito, el Hijo engendrado en la eternidad por el Padre: *con las palabras «Hijo unigénito del Padre», los primeros discípulos intentan expresar, nada más y nada menos, que Jesús, por su forma de ser y de obrar amorosamente, está unido intimísimamente a Dios, al par que para nosotros aparece como el sacramento primordial del Dios que nos salva.*

---

<sup>11</sup> P. Schoonenberg, *Un Dios de los hombres*, Ed. Herder, 1973, p. 109.

## **Profundas limitaciones de una perspectiva histórica sobre Cristo:**

### **1. Los Apóstoles no creyeron en Jesús por ese camino**

Los judíos son sensibles a lo histórico y especialistas de la perspectiva histórica por lo que respecta a la salvación de Dios. La figura esperada del Mesías estaba diseñada con pedazos de historia viva y real. El Mesías iba a ser un personaje poderoso (probablemente un rey) que libraría al pueblo israelita de toda dominación extranjera y haría de él la nación rectora de un reino mesiánico perpetuo. Ni que decir tiene que los discípulos de Jesús comulgaban con esta imagen tradicional acerca del Mesías.

Con los Evangelios en la mano, debemos afirmar con rotundidad que *los primeros discípulos, mientras convivieron con Jesús de Nazaret, no acabaron de entenderlo ni, mucho menos aún, de identificarlo como el verdadero Mesías*. La razón es simple: Jesús de Nazaret no se ajustaba a la imagen-robot que los discípulos tenían del Mesías, sino que, por el contrario, daba muestras de un mesianismo distinto del tradicional. Los Evangelios en general, también el evangelio de Juan, dan testimonio inequívoco de que los apóstoles, a todo lo largo y ancho de su convivencia con Jesús, no entendían lo que Jesús decía sobre el Reino de Dios<sup>12</sup> y de que su comportamiento seguía fielmente las pautas marcadas por el mesianismo secular judío.

Delante de los relatos evangélicos referentes a la parte prepascual de la vida de Jesús, no cabe sostener, por tanto, que los Apóstoles creyeron o empezaron ya a creer en Jesús como en el Mesías prometido, y que el fracaso de la muerte de Jesús en la cruz no hizo más que poner dicha fe entre paréntesis, hasta que quedó reafirmada por el hecho de la resurrección de Jesús.

Por el contrario, *una lectura crítica de los Evangelios nos lleva directamente a la conclusión de que sólo a la vista de Jesús resucitado*

---

<sup>12</sup> Cfr. *Mc* 4,13; 6,52.

(experiencia de orden escatológico, por supuesto) *los apóstoles no tuvieron más remedio que reconocer la autenticidad de la mesianidad de Jesús de Nazaret...*

## **2. Si Jesucristo no fuera el Hijo unigénito del Padre...**

Ya he señalado cómo es entendida la filiación divina del Mesías tanto en la perspectiva histórica de los antiguos fieles judíos como en la de algunos teólogos modernos: como una filiación adoptiva, como una comunión de afecto y de poder con Dios.

Los Padres de la Iglesia, en cambio, entienden la filiación divina del Mesías Jesús con el significado metafísico de una coexistencia eterna (preexistencia) con el Padre y el Espíritu. De acuerdo con esta fe en la divinidad de Jesucristo, fe heredada de los Apóstoles, los Padres de la Iglesia no temen ir, llegado el caso, en contra de los axiomas dictados por la filosofía de su tiempo. Si la metafísica (ciencia humana) asegura que el Ser con mayúscula (Dios) es Inmutable, Impasible, Inmortal..., los grandes creyentes y pensadores de la época helenística proclaman que el Hijo engendrado desde siempre por el Padre «se hizo hombre», «padeció», «murió»...

Si Jesucristo no fuera el Hijo unigénito del Padre, se vendría abajo nuestra salvación sobrenatural. *Si Jesucristo no fuera el Hijo preexistente ahora humanado escatológicamente, ningún ser humano podría nunca resucitar para siempre.* La perspectiva histórica, que no reconoce en sentido estricto la realidad divina de Jesucristo, sólo puede hablar de la resurrección de los muertos, incluso de Jesús, desde fuera de lo humano, como de un acontecimiento externo a la humanidad.

### **TERCERA PERSPECTIVA: VUELTA A LA PERSPECTIVA ESCATOLÓGICA DE LOS APÓSTOLES**

He indicado ya que *el peculiar mesianismo de Jesús no fue -no podía ser- entendido ni asumido por ningún judío, ni siquiera por sus discípulos*, debido sencillamente a que no respondía al esquema mental que los judíos tenían del Mesías prometido. Sobran pasajes en los Evangelios que muestran claramente, mediante expresiones orales, pero sobre todo mediante hechos, que los Apóstoles no llegaron a creer en la mesianidad de Jesús en todo el tiempo que vivieron en común con él.

Es patente que *fue a partir de las experiencias escatológicas de las apariciones del Resucitado cuando los Apóstoles conocieron y reconocieron casi de inmediato la mesianidad de Jesús de Nazaret, y más tarde su divinidad*. Un acontecimiento como la resurrección, de naturaleza escatológica, «obligaba» a confesar en el acto la mesianidad del Resucitado, aunque el Resucitado fuera un crucificado... El asunto de la divinidad del Resucitado era infinitamente más complejo y debió de reclamar de los Apóstoles una serie distinta de razonamientos y, lógicamente, mucho más tiempo.

*Al hablar del caso de los Apóstoles en las narraciones evangélicas, veíamos que se dio un cambio brusco, una ruptura mayúscula en la continuidad, en la manera de considerar a Jesús antes y después de la resurrección: los Apóstoles pueden ser calificados de «cristianos» (proclamadores y seguidores de Jesús como el «Cristo») sólo después de la Pascua del Señor.*

*Cuando los Evangelios, en cambio, se centran en el caso de Jesús de Nazaret, trazan una línea de continuidad y de armonía entre el Jesús de la historia y el Jesús de la escatología. Se observa en los Evangelios, escritos todos ellos desde la nueva perspectiva abierta por la resurrección, una visión unitaria, convergente, a la hora de presentar la figura y las acciones salvíficas tanto del Nazareno como del Resucitado.*

*En cuanto a la figura de Jesucristo:* Los Evangelios afirman que es el mismo Hijo eterno del Padre el que nace en la debilidad de nuestra «carne», el mismo que vive las diversas vicisitudes de la existencia humana como hombre que sabe de alegrías y de penas, de saberes y de ignorancias, de aciertos y de fracasos, de confianza y de temor... Los Evangelios continúan diciendo que es el mismo Hijo unigénito del Padre el que, por medio de la resurrección, nació a una nueva humanidad y que ahora vive para siempre como Hombre glorioso y primogénito de todos los que resucitarán...

*En cuanto a las acciones salvíficas:* Los Evangelios tienen muy claro que Jesús resucitado es la realización suprema del Reino salvífico de Dios. Pero también coinciden todos ellos en hacer ver que la vida histórica de Jesucristo es el comienzo real del Reino de Dios. Para los Evangelios, esta vida no es un paréntesis o una espera anhelante del plan futuro de felicidad que Dios tiene previsto para los hombres. Según los Evangelios, con su manera de vivir como hombre (con fe, esperanza y caridad cristianas), Jesús anticipó en semilla la realidad del cielo.

Por lo dicho hasta aquí, está clara mi apuesta personal por una Cristología elaborada desde la perspectiva escatológica.<sup>13</sup>

*La razón que más debe pesar* en los cristólogos para decidirse por una u otra perspectiva es *ver cuál fue la opción tomada por los primeros cristianos*, ya que ellos son testigos y transmisores de excepción del acontecimiento «Jesús». Y, desde luego, no hay duda de que los Apóstoles reflexionaron sobre el hecho «Jesús de Nazaret» a raíz de su resurrección.

Entre los cristólogos de nuestro tiempo hay muchos que siguen la línea de reflexión cristológica iniciada por los escritores del N. T. Sólo mencionaré unos cuantos nombres de reconocida categoría teológica. Por parte de los

---

<sup>13</sup> E. Malvido, *Creo en Jesús el Resucitado (una cristología escatológica)*, Ed. San Pío X, 1997, 260 p.

*crisólogos protestantes*, tenemos los nombres de O. Cullmann, W. Pannenberg, F. Kessler, J. Moltmann... Y por parte de los *crisólogos católicos*: F. X. Durrwell, R. Schnackenburg, D. Wiederkehr, Ch. Duquoc...

*Todos estos autores miran el hecho de la resurrección de Jesús como acontecimiento de naturaleza escatológica realmente sucedido* y que escapa en sí mismo a cualquier observación y verificación de tipo histórico. Debido a su especial naturaleza metahistórica, el hecho de la resurrección del Señor es perfectamente compatible con cualquier curso de la historia, también con el curso de final trágico de la historia de Jesús. Debido asimismo al alto voltaje metafísico que comporta el hecho y en especial el modo como Jesús resucitó de la muerte, no debe extrañar que los primeros cristianos, a partir de las singulares circunstancias en que la resurrección se produjo, apuntaran directamente a la Realidad divina del Resucitado.

Las características de la perspectiva escatológica de la resurrección del Señor que he señalado (compatibilidad con cualquier historia y elevado voltaje metafísico) explica que *la presente perspectiva sea la más completa e integradora de las perspectivas*. Y, así, tenemos autores (como Moltmann y Duquoc) que no tienen ninguna dificultad en hacer comprensible y admirable la historia más dura y sufriente de Jesús desde la luz integradora y superadora de la Pascua, mientras que otros autores (como Pannenberg y Schnackenburg) no tienen reparo alguno en enseñar convincentemente que sólo un Dios-Vida puede resucitar como Jesús resucitó y que sólo un Dios-Amor ha podido, libre y espontáneamente, hacerse hombre (=débil) y humillarse hasta la muerte y muerte de cruz.